

# IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: TACUARI, 900

ALBERTO GHIRALDO  
DIRECTOR

Año VII

BUENOS AIRES, JULIO 16 DE 1915

Número 127

## Ciudades Argentinas: Mendoza



**SUMARIO** La región de Cuyo. *Primera parte:* Visiones mendocinas. La ciudad florida. Al cerro de la Gloria. Modalidades de ambiente. Las viñas. Un arenal. Cacheuta. *Segunda parte:* Instrucción pública: Preliminares. Mirada retrospectiva. Dos pioneras. La reforma. Ley escolar. Programas. Cursos temporarios. Dignificación del magisterio. Plan de edificación. Escuelas especiales. Colonia nacional de vacaciones. Museo general de educación. Academia de dibujo y pintura. *Tercera parte:* Economía y trabajo. La crisis vitivinícola. Vida obrera. Ojeada general. El impuesto a la tierra. El centro obrero de estudios sociales. Conclusión; Raúl Marfisi.—El poema macabro; Alberto Ghirardo.

Dib. de Trianes



**El mejor y  
más barato**

**Venta anual: 100.000 cajones**

Únicos introductores:

**PORTALIS & Cía Lda**

Buenos Aires - Rosario

**"El Frutillar"**

*Vinos Finos embotellados*

Escritorio:

ESPEJO 93

Mendoza - -

M. A. CERETTI

GODOY CRUZ

Mendoza - - -

**"EL PÁJARO AZUL"**

Revista semanal ilustrada, en colores, para niños — Publicación única de este género en los pueblos sud-americanos—De venta callejera en toda la República: Precio 10 centavos.

Oficinas: Bolívar 1707, Buenos Aires—Unión Telef. 2315, B. Orden

**Números próximos de "Ideas y Figuras"**

**Escritores de América: José de San Martín**

por Arturo Marasso Rocca, Miguel de Unamuno, Juan Julián Lastra, Vicente Martínez Cuitiño, Víctor Juan Guillot, Ramón Bergman, Manuel S. Alier, Jorge Walter Perkins, Candelario Olivera, Leoncio Grau, Mario Pax y Alberto Ghirardo — Dibuj. de Garmendia.

**Actualidades; por Ricard**

**"La Fragua"** Patología imperial—El conflicto europeo—La opinión de América, por Adolfo Agorio.—Dibuj. de Buscasso

# IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

OFICINAS: TACUARI, 900

ALBERTO GHIRALDO

DIRECTOR

## Ciudades Argentinas: Mendoza

### La región de Cuyo

La singularidad del linaje indio a que se vinculan, directa e indirectamente, los actuales pobladores; la simultaneidad de la conquista, junto con la uniformidad de su método y de sus instituciones políticas; la acentuada coincidencia química de las capas superficiales del suelo; la pertenencia a un único sistema oro-hidrográfico; todo esto — que insinúa la idea de un territorio indiviso por lo homogéneo — ha valido a mantener agrupadas bajo la denominación genérica de «Región de Cuyo», a las provincias de San Juan, San Luis y Mendoza.

Por otro lado, la diversidad de los yacimientos minerales; la variada ubicación ante el amplio anfiteatro de los Andes; el desnivel atmosférico; las influencias sísmicas; la intervención del factor inmigratorio; la formación cultural y la tradición cívica, diferentes desde la época de la emancipa-

ción: he aquí una serie de factores determinantes de desigualdades profundas, que han fijado rasgos propios en cada una de esas provincias, así que hoy constituyen tres ambientes distintos dentro de la etnología y la sociología argentinas.

Sin embargo, aquellas afinidades físicas e iniciales obraron y obran — demasiado preponderantes aún — sobre la producción; especialmente en San Juan y en Mendoza, entre las cuales ha concluido por suscitarse cierta rivalidad comercial.

Mas el desarrollo progresivo de la agricultura y de la industria, impondrá como ineludible el aprovechamiento de las peculiares riquezas naturales, y establecerá un equilibrio cuya necesidad se siente ya, para que las tres puedan arrimar, individualmente, un aporte valioso al engrandecimiento intelectual y económico del país.

### Primera parte - Visiones mendocinas

#### La ciudad florida

Cubierto el traje de polvo, ardidos los labios por una sed que el agua no aplaca y los ojos por una quemazón extraña, el viajero que acaba de bajarse del tren — donde los vidrios de las ventanillas no alcanzaron a protegerlo de la tierra al cruzar la campaña puntana — respira, en la rápida carrera del coche que lo transporta por una pendiente hacia el centro de la ciudad, una oleada de aire fresco, vagamente oloroso. Sale entonces del rincón donde se había acurrucado, y saca la cabeza fuera de la capota: va por una ancha avenida, entre dos hileras de árboles de frondosas copas, verdes, alegres, cuya vista produce el milagro ilusorio de apagar la sed y despejar la vista un tanto empañada.

Dobla el carruaje; y la curiosidad retiene la cabeza afuera; otra calle, menos ancha, pero también arbolada; y una más en la próxima esquina: también esa tiene árboles.

—Baje, cochero, la capota! Dé una vuelta antes de ir al hotel.

Y adelante: más calles, más árboles. Y las plazas lo mismo: tupidas de eucaliptus, castaños, acacias y palmeras, a cuyos pies crecen, entre la hirsuta cabellera del musgo, matas de flores simétricamente dispuestas en los arriates.

Todo lo embellece la sonrisa de los árboles, deliciosa característica de la ciudad andina. Las pendientes del terreno ofrecen perspectivas profundas a veces, cuyo fondo es, o la montaña soberbia o la llanura agreste poblada de álamos.

Calmada al rato la primera impresión, percibe el oído un murmullo tenue, de sonoridades cristalinas:

son las acequias de riego que corren al pie de los árboles, junto a una y otra acera.

En la atmósfera oscurecida ya, va adquiriendo una vibración creciente el rumor de agua sobre el fondo pedregoso: es una dulce cantilena, que tiene tañidos de risa ingenua y notas melancólicas de crótalo... El silencio de las calles desiertas, la transparencia de la sombra vespertina, dan relieve a la serena melodía.

#### Al Cerro de la Gloria

Cuando un amigo porteño, a quien encontré en Mendoza, me invitó para ir en automóvil al Cerro de la Gloria, ante el nombre sugestivo detuve temeroso la pregunta investigadora que, instintiva, movía ya mis labios. Y acepté lisamente la invitación, como si hubiera sabido lo que era el Cerro de la Gloria.

Para llegar hasta él había que atravesar el Parque del Oeste; sus altos canchales de bronce surgieron a mi vista en cuanto empezamos a trepar la pendiente de la avenida Sarmiento.

La suntuosa portada evocaba el recuerdo de las grandes villas romanas, con ese encanto estético — majestuoso en el conjunto, voluptuoso en los rincones solitarios — que reflejan cálidamente algunas de las más bellas páginas de D'Annunzio.

Una vaga timidez se filtró por los ojos en mí: parecíame muy rápida la fuga del automóvil, cuyo impulsivo avance demasiado pronto iba a develar lo que aquel cerco bronceado sugerentemente ocultaba.

Sumido en estas imaginaciones, apenas advertí que trasponíamos el fragoroso umbral de guijarros.

Y ya entrábamos, con andar amenguado, en la



calle central de una triple avenida de álamos: altísimos, erectos, parejas las cimas, alineados con precisión arquitectónica, fingían murallas verdes como revestidas de hiedra; y la uniforme oscilación de los troncos completaba la ilusión.

Cruzamos luego por caminos abiertos entre arriates exuberantes, y bordeamos, al pasar, un ancho lago artificial. En los cruces aparecía la perspectiva rectilínea de otras hermosas avenidas: la de acacias, la de tamarindos, la de casuarinas.

Acá y allá, donde la plantación del parque — obra reciente — es aún muy joven, algunos claros rompían la armonía boscosa y descubrían, demasiado abajo, el elevado marco de los Andes. Así y todo, el Parque del Oeste ya no tiene rivales en las ciudades del interior.

A un lado, en el fondo, levántase, brusco, el Cerro de la Gloria, coronado con admirable euritmia de líneas, por el monumento al Ejército de los Andes.

El camino está cortado en el flanco del Cerro, ante el abismo creciente; y sus agudos recodos, dan la violenta sensación de la caída fatal, en la vertiginosa carrera del auto.

Al alcanzar la terraza superior, mirando de frente el monumento, aclárase el concepto del nombre, mas no pierde la sugestión.

En lo alto, el ángel de la libertad ha roto las cadenas de la esclavitud, y en vuelo tendido sigue la marcha del ejército revolucionario.

Adelante, en el primer plano, San Martín, detenido un instante a escrutar el horizonte desde una meseta. El caballo es de un realismo perfecto; nada de bríos heroicos y de curvas convencionales; enflaquecido, fatigado por la ascensión penosa, estirado el cuello y baja la cabeza, respira hondamente, aprovechando el breve descanso: parece debiera moverse a paso lento, de un momento a otro.

En la sencillez de su composición, en la nitidez de su símbolo, el monumento — obra del escultor italiano Ferrari — resulta una bella síntesis de la gran cruzada.

Al volver la vista hacia el panorama inmenso, me deslumbra la gloria de la luz, que de por sí sola — tan evidente es y tan triunfante — justificaría la denominación del cerro. Inunda la luz todo el abierto valle, matizando de brillos y de sombras la cuenca llana en que, ceñida de árboles, Mendoza descansa.

Nítidas, cercanas, las altas montañas; y sus cumbres nevadas, a los vivos reflejos del sol, semejan ciclópeos diamantes.

De regreso, al atravesar de nuevo el Parque, nos detuvimos en el jardín zoológico. Fuera del de La Plata, es el único que existe en provincias, y cuenta ya con una nutrida colección, en la que se ha tratado de reunir los ejemplares más representativos de las especies.

### Modalidades de ambiente

El predominio desproporcionado de la inmigración española hasta estos últimos años, ha impedido que el tipo mendocino sufriera alteraciones sensibles y vivificara su idiosincrasia primitiva en la complejidad de las tendencias cosmopolitas, que se van ya concretando, con unidad nueva y propia, en el criollo del litoral. Tanto vale decir que el avance evolutivo del mendocino ha sido y es muy lento, y por ende muy débil en sus resultados.

Así es como perduran en él los influjos de la era colonial, que plasmaron la psiquis del criollo y que violentaron, aunque sin conseguir desnaturalizarla, la del aborigen.

Concretáronse esos influjos en los dos resortes principales de la conquista: el militar y el religioso. El indio huarpe — habitador autóctono de la Re-

gión de Cuyo — era, según los historiadores, más fidedignos, trabajador constante — minero, agricultor y pastor —; artífice industrial que en orfebrería y en tejidos de paja hacía verdaderos prodigios de arte y de precisión; perspicaz sin malicia; idealista en sus concepciones religiosas y en su espontánea moralidad; afable en los modales; franco en los tratos, fiel a los afectos; vigoroso y ágil en su elevada complejión física; hábil en el manejo de las armas, aunque de espíritu escasamente guerrero; realizaba, en fin, uno de los más bellos troncos de la población primitiva del país.

La conquista no encontró resistencia de su parte, como si de ella esperara un aporte propulsor de su actividad.

Pero el invasor, codicioso, no había de ver en esa mansedumbre sino una predisposición favorable a la manumisión de la fuerza bruta del indio y de su experiencia en las faenas mineras y agrícolas. En cuanto a las demás aptitudes — cuyos productos no tenían salida en los mercados de la exportación española — ellas estorbaban al pleno aprovechamiento de las anteriores.

Había, por lo tanto, que orientar unilateralmente el esfuerzo indígena; y reglamentar en la forma más ventajosa su explotación.

Organizado un gobierno militar, militarmente — tiránicamente — fué tratado el huarpe, imponiéndosele la llamada «concripción civil», — especie de servicio obligatorio y periódico del trabajo —, que constituía un verdadero régimen de esclavitud, con todo su cortejo de extorsiones morales, físicas y pecuniarias: el hombre era separado de su familia y enviado a puntos distantes, aún mismo — y normalmente — allende la cordillera; sujeto a disciplina arbitraria y a castigos corporales, en sus interminables jornadas de labor; gravado con tributos en los que se cotizaba la coima del «encomendero» y del «protector».

El misionero siguió al militar: a la sumisión por las armas, sucedió la reducción espiritual.

Fué una irrupción de frailes mercedarios y de jesuitas, quienes se diseminaron extensamente, instalándose en las mejores casas, fundando iglesias, conventos, doctrinas, colegios incoados, y sosteniendo estas fundaciones con el diezmo calculado «ad hoc» en los impuestos, y con la renta de las huertas trabajadas por esclavos.

La adopción del lenguaje — recurso halagador — fué el primer elemento de la acción religiosa, y tuvo, en un principio, eficacia como medio de convicción.

Ibale aparejada una actitud protectora, en cuya prueba iniciábase, contra los desmanes de los intendentes y los encomenderos, una reacción perfectamente inocua en sus resultados, como perversa en su intención. Tratábase de librar al indio del servicio lejano, requerido por el gobierno central que residía en Chile. Era ese servicio, por cierto, la más dura contribución del aborigen: pero implicaba también, en perjuicio de las autoridades y los hacendados locales — en cuyo número figuraban las cofradías, — una sustracción de brazos para la labranza y para la servidumbre pesada del tráfico comercial.

La falacia de tales procedimientos no podía ocultarse a la perspicacia del nativo, quien sumó al odio de los españoles la incredulidad de las recompensas celestiales, que «habría de compartir con ellos».

Este ambiente fué la cuna del criollo, producto de la aclimatación del extranjero y de la mestización: el servilismo personal, el fanatismo religioso y la suspicacia temerosa del perseguido, su primera nutrición espiritual.

Como herencia lógica de esos elementos combinados en su formación, el primitivo mendocino acusó una perturbación profunda de los caracteres funda-

mentales y superiores de la psiquis autóctona: hallábanse en él extraviados el sentimiento moral y la penetración del huarpe, anulados su idealismo y su ingeniosidad.

La contextura idiosincrásica de la estirpe india, demasiado sólida para ser decisivamente deformada, disolvióse en la raza naciente, quedando allí abrumada por el atavismo del dominador, y con él confundida.

El despotismo colonial, subsistiendo en la disciplina del trabajo y en las prácticas políticas aun después de la emancipación — al través del caudillaje y de las oligarquías republicanas (1) — hasta una época reciente, ha perpetuado esas huellas originarias.

El estanciero y el peón — correspondientes al encomendero y al esclavo — guardaban no obstante el desnivel de condición, la comunidad de rasgos relativa a la unidad de su tipo.

La sola diferenciación sensible que entre ellos venía diseñándose, afectaba a la religión. Mientras el bracero degeneraba del fanatismo a la superstición, el hacendado — sucesor más directo de aquellos que hicieran del catecismo un instrumento de dominio — abandonaba las prácticas del culto, derivando hacia un nuelle indiferentismo, mezcla de apatía y de inconciencia. Concurría también, en la doble transmutación, la carencia de perceptibilidad idealista, porque el sentimiento religioso, al par que hijo de la ignorancia, lo es de la forma imaginativa y de la sensibilidad espiritual, cuando éstas no pueden concretar sus concepciones e impresiones sobre la base de conocimientos positivos. Uno y otro caso sintomatizan un apocamiento psíquico.

Mi observación directa ha comprobado la persistencia de estas características, con las ligeras alteraciones que — acabamos de verlo — el tiempo ha ido operando.

Gravitaron además — y gravitan aún — sobre la nueva raza, pronunciadas variantes mesológicas.

Los huarpes habitaban las serranías — ricas de mineral —, y no bajaban a la llanura sino transitoriamente: eran, pues, montañeses, y a eso debían en máxima parte su gran estatura, su musculoso continente y su inteligencia despierta.

La población actual — y ello proviene también de los conquistadores que, en esta zona de Cuyo, encontraron la planicie demasiado próxima y propicia al cultivo para no preferirla — vive en el llano. El aspecto monótono y la naturaleza del suelo — predominantemente arenoso —; la elevación uniforme del terreno, que no abre ante la mirada el hermoso y variado panorama de los altos valles escarpados, y que disminuyendo sensiblemente la presión atmosférica no alcanza a provocar sin embargo un desnivel capaz de ejercer acción definida y vigorosamente plasmadora; la immanencia dominante de la cordillera: he ahí otros tantos factores de la pobreza física y mental de la raza.

Y aún falta uno: el peligro latente pero constante del terremoto que, después de haber destruido ya una vez la ciudad, renueva a menudo la amenaza y mantiene vivo el temor de la devastación: los temblores son muy frecuentes, y a veces bastante sensibles.

En general, el mendocino carece de espontaneidad, de franqueza; es desconfiado, informal en sus tratos; de moralidad muy embrionaria, fácil y frecuentemente pervertida, pese a las engañosas apariencias de que se reviste en las clases acomodadas; sea cual fuere su posición social, es falta de iniciativa, casi inepto para toda labor que requiera aplicación industrial y tenaz: si obrero, difícilmente pasa de ser

peón; si burgués, aplica su actividad a funciones comerciales intermediarias, bajo las diversas formas y bajo los múltiples rótulos profesionales con que se las clasifica.

La celebrada «viveza» del mendocino es un compuesto de suspicacia, de animadversión al extranjero — contra quien privativamente se ejercita —, y de mala fe. Es lo que, más propiamente, se llama en otras partes y en buen castellano «picardía»: en efecto, más que agudeza, revela malignidad; es algo así como un afán de «madrugar» moralmente al prójimo; será la resultante transmutadora del odio aborigen contra el forastero que era siempre enemigo?

El porcentaje de analfabetos es abrumador en las clases menesterosas; y muy bajo el nivel de su intelectualidad.

La cultura superior del hombre en las demás esferas es escasa; nula la de la mujer. Por eso es que, en el ejercicio de las profesiones llamadas liberales y del alto comercio, hállanse pocos mendocinos puros, y entre éstos — las más de las veces — el inmigrado descuella fácilmente.

La mistificación simuladora de la intelectualidad — muy común en toda la república, aunque obediendo a causas distintas —, asume allí proporciones alarmantes. La esterilidad mental es endémica en los más inteligentes, que frecuentemente no son sino los más «vivos».

Estas constataciones no han perturbado, sin embargo, el análisis sereno: libre de preveniciones y desligado de apasionamientos personales, he visto también los aspectos favorables del medio, y voy a seguir reseñándolos — como ya en un principio —, con la misma sinceridad con que he expuesto las verdades que anteceden.

En cuanto a ellas, no podía yo callarlas sin menoscabo de mi propia altivez y sin ofender con halago estudiado a los mendocinos. Quienes, por lo demás, si leen este trabajo con igual disposición de ánimo, pueden extraer de él un estímulo reaccionador y quizá una orientación, por lo mismo que, sin comentarios, investiga las causas del mal.

La aplicación de los más modernos adelantos al confort doméstico y a los servicios públicos, se ha generalizado en la capital, produciendo el consiguiente refinamiento en las exterioridades de la vida.

La animación del tráfico durante el día, armoniza con el riante aspecto de las calles.

Dos bandas muy buenas, la de policía y la de bomberos, dan, por turno en las numerosas plazas, conciertos de música realmente selecta, como pocas veces se la escucha en las ciudades del interior.

Cabe aquí una rectificación ante el recuerdo reciente aún en la metrópoli, de una comedia del aplaudido binomio literario Bayón Herrera-Schaeffer Gallo. La acción de la «Rubia del camino» está localizada en Mendoza; mas, ni el colorido del conjunto, ni las situaciones escénicas, ni los personajes caricaturescos traducen la realidad: la desfiguran en cambio notablemente.

Es ya tiempo que los autores nacionales dejen de tomar a las provincias como fuente inagotable de «motivos» risibles. Busquen el efecto cómico en lo verdaderamente ridículo, y en su propia espiritualidad, si la tienen; pero no falseen la existencia provinciana ante el público cosmopolita de Buenos Aires,



cuya gran mayoría no conoce el interior, y forma juicios erróneos, basado en esas representaciones que alardean de realismo.

Lo mismo puede decirse de los pseudo-novelistas que — como Manuel Galvez en «La maestra normal» — por hacer «arte» netamente argentino presentan personajes, problemas y modalidades morales extrañas a los escenarios elegidos al acaso, con una ligereza que no es propia de la honesta intelectualidad. Eso es lo que le ha ocurrido al citado escritor, haciendo formar parte a su heroína del personal de la escuela normal de La Rioja, sin reflexionar que aquel instituto estuvo a cargo hasta hace poco de una eximia educacionista, última superviviente de la falange de «pioneros» que Sarmiento trajo de Norte América; y tomando como argumento un hecho que recuerda demasiado una dolorosa tragedia cordobesa, cuyo desenlace reveló en sus protagonistas una altivez y una delicadeza espirituales que deben respetarse.

### Las viñas

La composición del terreno ha facilitado la construcción de caminos firmes y duros, que a poco costo son conservados en excelentes condiciones de vialidad.

A esto y a la densidad de la población — en máxima parte agrupada, casi sin solución de continuidad, en la parte noreste de la provincia — se debe la difusión del automóvil como medio de traslación entre la ciudad y la campaña.

Saliendo de Mendoza en cualquier dirección que no sea la de los Andes, al caserío de las orillas suceden inmediatamente las viñas, ampliamente extendidas.

La plantación de las cepas — armadas por lo común sobre alambrados entre cuyos postes hay una distancia aproximada de cuatro a seis metros — es sólida, capaz de resistir sin perjuicios el azote violento del zonda, cargado de arena.

Parrales floridos flanquean algunos viñedos; montes de frutales, cuidadosamente dispuestos, rompen la sucesión de las rectas hileras de vid; los álamos forman esbeltas vallas, y rodean las casas.

La vendimia no tiene la animación bulliciosa que inspira a los poetas italianos y franceses; resulta más bien triste, por lo silenciosa y monótona: el mendocino no es cantor, y sus gestos, como su paso, son pausados, llenos de laxitud.

Frecuente es el tránsito de los altos carros, anchos, casi cuadrados, que resbalan lentamente sobre dos ruedas, al andar cansado de tres o cinco mulas, guardadas con apero. Montado en una de ellas va — exponente típico de la raza pura — el carrero, caracterizado por su invariable indumentaria: sombrero gris marrón, de alas muy grandes y copa extremadamente pequeña; pañuelo al cuello; camiseta — rara vez camisa — a rayas de color; pantalón obscuro y ajustado; alpargatas calzadas, cuando no en el pie desnudo, sobre una media violeta o roja. Permanece callado y cabizbajo, en una misma posición de abandono, durante todo el trayecto, mirando disimuladamente a los transeúntes; no cambia ni un saludo ni un juramento con los compañeros que cruza; sólo interrumpe su mutismo y su inmovilidad, para estimular el tranco de las mulas con un breve sonido de su ronca voz o con un latigazo.

Las acequias de riego, más anchas y más profundas que las que recorren la ciudad, bordean los caminos. El aumento de su caudal, las súbitas desviaciones provocadas por las compuertas que regulan la distribución del agua, dan a su curso una sonoridad mayor, que se dilata en la atmósfera impregnada con el acre olor de la uva.

### Un arenal

Las insistentes solicitudes de un amigo me decidieron a acompañarlo en una excursión por la parte oeste del departamento San Martín.

Hasta esa población, el paisaje no ofrecía novedad. Pero luego, al internarnos con rumbo a la cordillera, se presentó de improviso el aspecto, para mí desconocido, de los médanos.

¡Emocionante travesía! Un profundo mar de arena, seca y finita como de playa... Montículos diseminados y lomas; únicos ejemplares de una generación raquílica, el algarrobo, el retamo y el chafar poblaban, en pequeños grupos desordenados, la extensión.

El camino — una débil huella en la arena — surcaba las partes más tupidas de arbustos, y el automóvil, en aquel silencio absoluto, hacía un ruido infernal.

De repente, esa árida vegetación desaparecía también. Ensanchábase entonces a mis ojos el arenal jiboso, amarillento, desconfinado. Era una visión del Sahara; y los médanos, esparcidos de trecho en trecho, puntualizaban la ficción: parecían oleadas de arena amontonada por el simún.

¡Qué impresión me hacía todo aquello! Impresión no de temor, ni de tedio — ¡aún esos paisajes tienen su melancólico encanto! — sino de extrañeza, de soledad, de vacío... y diría de pequeñez, si el rumor del automóvil, con su jadeante respiración, no hubiese resonado a mi oído, cual testimonio patente de la fuerza subyugadora del hombre.

Anocheceió. En un alto, levanté la mirada al cielo: como ojos curiosos y atentos de habitantes de otro mundo, parpadeaban las estrellas... ¡cómo parpadeaban! Nunca habíalas visto pestañear así, tan seguido, tan claro.

Interminable parecía la lejanía de la meta: el automóvil avanzaba fatigosamente, hundiéndose en la arena.

Seis leguas anduvimos sin ver una casa, ni encontrar más que una o dos carrindangas.

Un momento vi brillar una luz casi a ras del suelo: era un «balde», especie de oasis, morada de pastores que crían ganado salvaje, lo engordan como pueden con algarrobo y lo venden en los pueblos vecinos. A los «baldes» acuden los viajeros en busca de agua y de abrigo.

Aparecieron al fin las primeras casas: las fajas luminosas que alumbraban los corredores externos, eran como brazos tendidos hacia nosotros...

### Cacheuta

A pocos kilómetros de Mendoza empieza la cuesta que penetra resueltamente en los altos valles de la cordillera. La ascensión penosa del tren, permite la contemplación de los gigantes macizos, y la consideración de la antítesis brusca entre la elevación audaz de las cúspides y la profundidad inexorable de las rocosas simas.

Repercuté estentóreo, a través de las estrechas quebradas y por las paredes graníticas, el choque clamoroso del río Mendoza, lanzado con impulso torrencial por el accidentado lecho que ha cavado en la piedra. La corriente límpida adquiere un ligero tinte gris verdoso, a la sucesiva formación y disolución de la espuma.

Al borde del río, en una angostura, está situado el Balneario de Cacheuta.

Lujoso confort en las estancias y salas; perfectas condiciones de aseo y de higiene en las dependencias.

El pabellón de baños, edificado en el sitio preciso por donde pasa la subterránea vena de agua sulfurosa, encierra entre sus muros dos copiosos manantiales.

En cuerpo separado se alojan los enfermos pobres que mandan las autoridades nacionales y provinciales. Las piezas son aereadas, pero tan desnudas y faltas de comodidad, que esa gente sufre muy fuerte los rigores del invierno y del estío. Es el caso de dotar con más generoso criterio este departamento: entre la empresa y los gobiernos pueden hacerlo con

insignificante esfuerzo. Se evitarían así, no sólo las angustias físicas, sino también las morales que forzadamente implica el contraste contiguo del lujo.

Al otro lado del río, frente mismo al balneario, la sierra está perforada por un túnel de 2200 metros, perteneciente a las obras hidráulicas que construye, para una cuantiosa producción de energía eléctrica, la empresa «Luz y Fuerza», concesionaria del alumbrado y los tranvías de la capital y principales departamentos.

El proyecto es grandioso, y su realización muy adelantada. La necesidad de provocar un desnivel de 45 metros, exigido por la potencialidad de la usina, ha obligado a hacer la toma lejos de ésta y a traer el agua por el aludido túnel. A su extremo norte levántanse las compuertas y filtros; a su desembocadura está casi terminado el tanque de embalse desde donde el agua cae, por cañerías, hasta la orilla del Men-

## Segunda parte - Instrucción pública

### Preliminares

La acción privada en favor de la cultura trasunta fielmente las mórbidas modalidades del medio: las iniciativas han sido escasas y, una tras otra, han fracasado.

Son obras estas que sólo triunfan a fuerza de optimismo, de generosidad y de confianza en las propias energías, individuales y colectivas: hasta que falle en cualquiera de esos sentidos un resorte capital, para que el desaliento y las susceptibilidades personales minen, desquiciándolo, un organismo que no sea ya muy sólido. En cuanto a las iniciativas de referencia, todas han muerto al nacer.

Cuando llegué a Mendoza, — primeros días de abril, — acababa de fundarse un Ateneo científico-literario, figurando en su comisión directiva hombres de envergadura intelectual. A los dos meses, recién estrenado ante el público con tres conferencias que marcaron un descenso de lo malo a lo peor, el Ateneo habíase disuelto: apatía, vanidades, ambiciones mezquinas, fueron los factores de disgregación. Los elementos sanos se vieron burlados, quedándose un único camino honroso: el de la retirada.

Fuera de este, sólo he hallado un Ateneo Popular de extensión universitaria, sostenido con mil sacrificios por un grupo de obreros. Tiene cursos de sociología, química, física, historia, anatomía, fisiología, puericultura e higiene. Dictan voluntariamente las clases unos pocos estudiosos bien intencionados, cuyos nombres quiero consignar junto con mi aplauso sincero; son: el doctor Atilio Moretti; los profesores Ceriotto e Ismael Guerrero; los ingenieros Severo Weiss Ortiz y Rafael Anzorena, y el señor Lupi. A pesar de la pobreza, la fé que alienta a sus sostenedores asegura la vitalidad de este centro.

El sucinto balance revela pues la casi absoluta nulidad del esfuerzo particular.

Queda entonces la acción cultural restringida a la enseñanza oficial.

Veamos ahora cual es su eficacia.

### Mirada retrospectiva

La situación escolar era, hasta hace ocho meses superlativamente desastrosa.

La base financiera flaqueaba en todos sus puntos. El presupuesto educacional de la provincia dividiábase en dos partidas: una ordinaria de 200.000 pesos aproximadamente y una extraordinaria de 700.000; esta sola división implicaba de por sí una anomalía y un desconocimiento absoluto de la importancia que tiene la instrucción pública: más, como si ello no bastara, el gobierno adeudaba, de ambas partidas respectivamente, \$ 53.800 y \$184.687 correspondientes al ejercicio de 1913; \$ 100.710 y 338.901 corres-

doza: allí han sido colocados los cimientos de la casa de máquinas.

Aparte de su magnitud, de que ya tiene necesidades a llenar y de que es el plantel de un colosal negocio, esta obra es todo un exponente de previsión industrial: pues el próximo porvenir de Mendoza — que por su riqueza mineral y forestal será eminentemente fabril y manufacturero — encontrará en ella una base y un coeficiente acelerador de su desenvolvimiento.

Al presente, los trabajos — que ocupaban alrededor de mil obreros — están paralizados por un pleito en el que juegan conveniencias comerciales y políticas. Sin debatir la cuestión — aunque la couzco a fondo — y sin emitir juicio, concito a la Suprema Corte Nacional — ante la cual se ventila ahora — para que falle de una vez: el interés público de aquella provincia reclama una solución terminante; para que pueda reanudarse la tarea.

pendientes al de 1914. El subsidio nacional también estaba atrasado. Las subvenciones municipales — establecidas por ley y calculadas en un mínimo del 1 % de las rentas — habían dejado de percibirse, sin razón ninguna, desde 1908. Los bienes raíces de la Dirección de Escuelas eran en gran parte usufructuados por terceros, faltando muchos títulos de propiedad, porque ese renglón capital del patrimonio escolar había sido lamentablemente desatendido. El engranaje administrativo marchaba al compás de este desquicio: irregularidades de toda clase se registraban en la liquidación de sueldos y sobresueldos — excedida en casos particulares, mientras estaba retardada para la masa del personal, — en el alquiler de locales, en la provisión de mobiliarios y útiles.

En cuanto a la parte técnica, no había en realidad ley escolar, pues la existente databa de 1895 y ya no era aplicable porque contrariaba a la última reforma constitucional; los programas, eran rutinarios y anticuados; la idoneidad de los maestros sin título, — que representaban la mitad del magisterio, — no estaba comprobada de manera fehaciente; las escuelas urbanas funcionaban en casas inadecuadas, las de campaña en «ranchos viejos, sucios y desvencijados, en verdaderas pocilgas», — según las palabras de un informe oficial.

Así las cosas, el flamante gobierno salió de las filas del Partido Popular, creyó necesario poner la educación en manos expertas que supieran orientarla.

### Dos pioneros

De acuerdo con ese propósito, fué llamado a la Dirección de Escuelas el profesor Manuel P. Antequeda, mendocino, pero emigrado de su tierra natal desde la juventud. Es Antequeda un educacionista demasiado reputado en el país, para que me detenga a examinar sus aptitudes técnicas: espíritu joven y entusiasta no obstante su edad madura, es hombre de actividad incansable, de concepción rápida y precisa, de carácter decidido, de ideas modernas, y que prefiere expresarse con los hechos aborrandos cuanto más posible las palabras.

El nuevo Director llevó como Secretario General a Manuel S. Alier, entrarriano, mentalidad vigorosa cuya brillante actuación periodística en Paraná ha difundido su nombre en nuestros círculos intelectuales. Alma generosa y expansiva, trabajador tenaz, apasionado por las cuestiones educacionales en las que tiene larga práctica a pesar de su juventud, es Alier, el colaborador ideal para Antequeda: son dos personalidades que se equilibran, se completan y armonizan perfectamente en el pensamiento y en la acción.

Juntos actuaron, durante ocho años, al frente de la enseñanza en Entre Ríos, colocando a esa provin-



cia en primer término, entre todas las demás: en suyo puesto será suplantada en breve por Mendosa.

Porque lo más admirable de la labor que estos dos *pioneros* realizan ahora es que, al par que en ella aprovechan la experiencia anterior para alcanzar un mayor perfeccionamiento, no verifican un trasplante absoluto, sino que adaptan su nueva obra a las exigencias especiales de la región.

Con este criterio, y sin violencias pero sí con firmeza, han acometido la tarea actual.

### orientación general de la reforma

Hacer práctica y racional la enseñanza, de manera que desarrolle en el alumno la mayor suma de facultades y despierte su espíritu crítico; formar maestros capaces de imprimir a la escuela un carácter regional; instalar a esta en condiciones higiénicas y dotarla de los elementos indispensables para la demostración experimental de las materias; elevar el nivel moral del magisterio y mejorar su condición económica; extender la acción de la escuela aún fuera del aula; vincularla al pueblo, dándole a éste intervención en su funcionamiento y participación en sus beneficios culturales; cimentar la autonomía de la repartición escolar dentro de la administración general; crear recursos propios fuera de las subvenciones gubernativas y sujetar la contabilidad a un severo control: tal la orientación de la reforma iniciada.

Se empezó por proyectar un cuerpo de legislación, y encargar a la oficina jurídica el saneamiento de los títulos de terrenos y edificios pertenecientes a la Dirección.

### La ley escolar

Comparada con todas las que se hallan en vigencia, tanto la nacional como las provinciales, la nueva ley de Mendoza da un paso adelante en nuestro progreso educacional; y es vergonzoso que por la incuria del senado no se haya sancionado aún, pese a su urgencia.

No me detendré en las objeciones que mi opinión personal en el asunto me sugiere: porque las alteraciones relativas — saliendo de los márgenes constitucionales, — serían irrealizables.

Me limitaré pues a reseñar sus principales características y a indicar dos modificaciones que puedan verificarse sin violentar la carta orgánica.

Se declara la absoluta laicidad de la escuela. El sistema didáctico adoptado es el simultáneo, vale decir el que respeta la íntima conexión de las distintas ramas del saber.

La escuela es definida como una palestra preparatoria de la vida, haciéndose surgir la teoría de la observación y la práctica diarias, junto con las normas morales de conducta.

Se prescribe el positivismo científico; desterrándose el empirismo, los ejercicios puramente mnemónicos, el dictado de textos y todo aquello, en fin, que mecanece la enseñanza.

Asígnasele a esta una aplicación industrial de acuerdo con las necesidades regionales, por medio de anexos agropecuarios y talleres manuales.

La ley crea las escuelas ambulantes para las zonas donde la población esté muy diseminada.

Divide en un modo inconfundible, en el gobierno escolar, la parte técnica de la administrativa.

Crea las comisiones vecinales que han de auxiliar a los inspectores, exigiendo como único requisito para formar parte de las mismas ser padre de familia.

Prohíbe la formación de asociaciones infantiles y de centros de cultura.

Funda las bibliotecas populares circulantes y los museos escolares, estableciendo entre estos una relación de intercambio.

Organiza conferencias pedagógicas locales, departamentales y provinciales para los maestros; y conferencias públicas en las que, a más de los miembros del personal, ocupen la tribuna algunos vecinos.

Prohíbe rotundamente los premios y castigos. Debe las bases del escalafón del magisterio, impidiendo que pueda rebajarse la categoría de los maestros.

Implanta para estos la jubilación con dos tercios del sueldo último a los 15 años y con el monto íntegro a los 20.

Instituye la expropiación escolar. Asegura la estabilidad de los recursos, fijándolos como sigue: 15 % de las entradas generales de la provincia; subvención nacional; 2 % de las rentas municipales; 50 % de legados y donaciones a favor del alma o establecimientos religiosos; 25 % de las transferencias en vida a las mismas instituciones; 25 % de toda donación o legado particular; 5 % de la venta de tierras fiscales; impuesto a las herencias, con un recargo del 10 % a las transversales; multas aplicadas con arreglo a leyes o reglamentos policiales; depósitos en garantía de contratos por obras públicas o concesiones que caduquen; bienes y derechos de temporalidades; un peso anual que se cobrará por la matrícula a todos los alumnos, excepción hecha de los pobres de solemnidad.

En la enumeración de estas fuentes de recurso, ha dejado última a la contribución de los alumnos, porque a ella se refiere precisamente una de las modificaciones que voy a aconsejar.

El derecho de matrícula debe ser abolido, por cuanto desvirtúa el carácter gratuito de la instrucción pública. Sabemos bien que este resabio de viejas arbitrariedades ha sido mantenido con el propósito de aumentar el caudal de fondos, pero ello no basta a justificar su subsistencia. El gobierno tiene el deber de suplir este renglón. Hay en el presupuesto general frondosidades que pueden muy bien reemplazarlo; con lo cual, al propio tiempo que se haría un acto de justicia, se tomaría una medida de profilaxia administrativa.

La otra objeción se refiere a la formación de las comisiones vecinales que según la ley son nombradas por la Dirección, y que deben por el contrario ser electivas, para que adquieran plena eficacia. La intervención popular en la enseñanza debe ser amplia y voluntaria: la reforma que propongo serviría además como un elemento de estímulo, interesante en los asuntos escolares a toda la población, y evitaría se malograra una bella iniciativa.

Programas

### Programas

Concuerdan plenamente los programas de las escuelas urbanas y rurales con la orientación general que he esbozado. Pero conviene precisar algunos detalles.

Ellos orientan minuciosamente al maestro, en forma que pueda aplicarlos sin tropiezos, por muy novedosos que le resulten.

Mandan que los problemas aritméticos, los temas de composición y los experimentos químicos, físicos, etc., se refieran a hechos y fenómenos comunes de la vida, para que los conocimientos que de ellos se extraigan sean de aplicación útil y desenvuelvan el raciocinio de los discípulos.

La enseñanza de la matemática, el lenguaje y la lectura, están estudiadas y prescriptas según las más rigurosas conclusiones de la pedagogía infantil, que exigen se dé una forma lógica de desarrollo aún a las materias más áridas.

Arbitranse en los programas medios de inculcar el amor a la naturaleza y la compenetración con su vida, conceptuándose que la familiaridad con las plantas y los animales educa los instintos. Por eso se ha introducido el cultivo de las flores y la crianza de abejas y gallinas, que tienen además una efectividad productiva.

Esta constituye desde luego una de las preocupaciones predominantes: «Que cada escuela, desde la más pequeña a la más grande y completa, se convierta en un centro que ensaye, que experimente, que cree algo y que produzca».

Hay que dar a este estímulo del trabajo productivo todo el valor que tiene dentro del ambiente nacional — donde tantas energías se esterilizan en actividades parasitarias — y especialmente en el mendocino: allí se desconocen los principios de la fecundidad de la acción, y se carece de la disciplina moral y física que aquella demanda.

Por último, para descubrir hasta el fondo el espíritu de estos planes de estudio, que adelantan un tanto también el camino de la simplificación, aunque no llenan en ese sentido el desideratum, — bastará transcribir un precepto ético en ellos consignado y que revela la amplitud de criterio con que se conciben la formación y el respeto de la personalidad propia de los alumnos: «Hacer observar hechos de los cuales se infiera: que los individuos y los pueblos se desarrollan o desenvuelven física, mental y moralmente, cumpliendo las leyes de su naturaleza... que los individuos y los pueblos tienen el deber de desenvolver su ser, de hacer todo lo que satisfaga al desenvolvimiento de sus aptitudes; y de no hacer cosa alguna que lo contrarie».

### Cursos temporarios

Para seleccionar el personal sin título, proviendo del mismo a los que demostraren idoneidad, se resolvió instituir los cursos temporarios de maestros y maestras, en los meses de verano.

Como las nuevas autoridades iniciaron su gestión antes del último período de receso escolar, el primer año se ha dictado ya desde el 1.º de diciembre hasta el 28 de febrero.

Se ha discutido mucho la conveniencia de estos cursos. Yo los he visto funcionar en Entre Ríos, y he podido palpar en Mendoza los resultados del ensayo inicial: la opinión que al través de la doble observación me he formado es favorable a la institución, pues su éxito es muy bueno; mucho más de lo que deja esperar la breve duración de sus términos.

Este fácil provecho se explica: los asistentes poseen ya una práctica, durante la cual han podido desarrollarse — si las tenían — sus disposiciones naturales al oficio, y fructificar en observaciones propias y en orientaciones de ellas derivadas; los que se encuentran en tales condiciones están preparados para la rápida y completa asimilación de la enseñanza superior que se les da; el que no se halla en esa situación, evidentemente carece de vocación, y entonces queda forzosamente eliminado con beneficio propio y de las escuelas.

Ahora bien, lo indispensable es que los profesores de esos cursos sean personas altamente preparadas y proficuamente experimentadas, para que sepan sintetizar con eficacia, sin que la condensación signifique superficialidad.

Bajo este punto de vista, los cursos iniciados el verano pasado en Mendoza ofrecían las más serias garantías. En su personal figuraban hombres como Leopoldo Suárez — mendocino educado en Europa —, Carlos S. Reed — chileno —, Sansini — italiano —, que son intelectuales de primer orden. El director, era Alejandro Mathus, uno de los mejores maestros del país.

Cursos temporarios como esos, superan a los de las escuelas normales.

Las clases tenían un carácter experimental bien definido, y de ellas estaba desterrado todo dogmatismo religioso o pseudo-científico. Tan marcada era esta tendencia, que las «damas» de marras levantaron una protesta; a la cual contesté en forma enérgica y elevada el director general, solidarizándose personalmente con la acción de los profesores.

De este primer año salieron aprobados, sobre 227 inscriptos, 161.

Aun aboga en favor de los cursos temporarios un beneficio más que reportan, aunque en diverso sentido: ellos permiten al maestro hecho a fuerza de trabajo ver reconocida su labor — si ella ha sido provechosa — con un título que protege sus derechos

adquiridos contra el desalojo que, por ley y por exigencia profesional, irían paulatinamente efectuando los egresados de las escuelas normales, a las que él no puede concurrir por razón de su servicio.

Quizás se objete a la Dirección General de Mendoza la admisión de los aspirantes que no han desempeñado ningún puesto. Más ello se funda en la escasez de diplomados para llenar las vacantes causadas por la selección.

A parte de esto, dada la organización de esos cursos — que por lo demás la misma dirección no reputa «el mejor modo» de formar maestros — creo que los individuos con aptitudes para el magisterio pueden, ayudándose con un poco de esfuerzo particular, sacar de los mismos buen provecho. Y como soy enemigo convencido de todo monopolio profesional, veo a la postre en ellos un medio de abrir la carrera a los que, por motivos pecuniarios, no pueden seguir el ciclo normal.

El vicio temible por ese lado, se evita con la seriedad rigurosa de la selección.

### Dignificación del magisterio

El propósito, antes señalado, de estimular moralmente al maestro en toda forma, — elevando el concepto público y administrativo a su respecto, asegurándole las debidas consideraciones personales y profesionales por parte de la misma autoridad escolar, — ha empezado a ejecutarse.

Dos son las medidas tomadas: una deja sin efecto el decreto de 1912 por el cual se penaba la inasistencia de los directores y maestros con multas a descantar de sus haberes; la otra es una resolución en la cual la superioridad dispone no admitir presiones extrañas a favor de nadie, — pues entiende que el maestro debe recomendarse por sí mismo, fundando los pedidos de puestos, traslados o ascensos en sus propios méritos, — y advierte que en lo sucesivo el uso de recomendaciones será consignado como antecedente desfavorable en la foja de servicios.

### Plan de edificación

Las escuelas provinciales funcionaban en 171 edificios, de los cuales 146 de propiedad privada y 25 de la Dirección General. De éstos, sólo cinco podían excluirse de la calificación gráfica que he referido más arriba.

Era necesario trasladar las escuelas. Pero no existían casas particulares que reuniesen las condiciones de pedagogía, de seguridad y de capacidad para toda la concurrencia correspondiente a cada establecimiento. Por otra parte la ley nacional 8573 autoriza la construcción de escuelas en Mendoza, por valor de \$ 1.200.000. Teníase, pues, una base con que levantar un buen número de locales: el resto — calculo a la mano — podía irse haciendo con la fuerte economía de alquileres que ese primer plantel representaba.

Se encomendó entonces al arquitecto Andrés Tosi — jefe de la oficina del ramo — la confección de proyectos de seis tipos de escuelas, de distinto tamaño y forma, según los puntos a que fueran destinadas.

El señor Tosi, que es un técnico en la especialidad, se puso a la tarea, empezando por estudiar los últimos ensayos realizados en Italia y en el Japón sobre defensa de las casas contra los movimientos sísmicos. Y sus proyectos, que son intachables por la detallada exactitud con que se ajustan a su objeto, constituyen también modelos de edificación contra temblores, nueva en Mendoza, pues el empleo del adobe — única medida adoptada hasta la fecha — es primitivo y no tan seguro como allí se cree.

Las escuelas que se ha resuelto hacer con la suma aludida son 86, así distribuidas según sus tipos: 49 de 10.000 \$; 21 de 15.000; 8 de 20.000; 3 de 25.000; 3 de 30.000 y 2 de 6.000. Con los 15.000 \$ restantes, se refaccionarán las dos mejores de las existentes,



Se destacan en el plan de edificación los dos primeros establecimientos con anexo agropecuario, que ya se están construyendo, uno en Uspallata y otro en Borbollón; este tiene piscinas para que los alumnos y alumnas se bañen en las aguas termales cuyo manantial da el nombre a la localidad. Los terrenos respectivos, de 10 h. cada uno, han sido conseguidos en donación por el director general.

Caracterizan a todos los diseños la sobriedad, la esbeltez y el agradable aspecto: condiciones también exigidas por la escuela que si debe combatir el lujo, debe no obstante desarrollar el gusto estético.

### Escuelas especiales

**NOCTURNAS DE PERFECCIONAMIENTO OBRERO.** — Con estos institutos se ha querido completar en su máxima vastedad, la misión de la escuela común.

Es su finalidad inmediata «que el obrero mejore su condición intelectual, recibiendo la técnica necesaria para el perfeccionamiento de su oficio, vale decir que se habilite de aquellas nociones, de aquellos conocimientos que contribuyan a hacerlo consciente de su trabajo, sacándolo del mecanismo a que sujeta su labor».

El solo cumplimiento de esta finalidad tendrá trascendencia mental y espiritual; pero su pleno aprovechamiento por parte de los obreros implicará además saber usar mejor la herramienta de trabajo como arma de lucha, apreciándola en todo su valor ofensivo que reside en su capacidad productiva y en la posibilidad de regularla voluntariamente: ambas no se obtienen sino por el dominio técnico.

No pretendo con esto que la Dirección General haga obra revolucionaria, pero afirmo que ha dado en una de las telas más sonoras de la educación obrera que podemos esperar del estado. La interpretación personal que antecede está dedicada a los alumnos de esas escuelas.

«La enseñanza debe singularizarse por lo vivaz y atrayente; los programas han de conformarse a los deseos de cada grupo de alumnos y variar según lo impongan las circunstancias».

Esta flexibilidad adaptación a la mentalidad ya madura de los oyentes, y establece entre ellos y los maestros una colaboración que no puede menos de ser fructífera. Sin embargo su aplicación es difícil, porque requiere profesores con cualidades superiores de carácter: a su tiempo haré las salvedades del caso.

Las escuelas fundadas son tres: dos para hombres y una para mujeres. Se han inaugurado en mi presencia, las he visto en actividad. Las clases estaban repletas de concurrencia.

En cuanto al personal docente masculino, compuesto en su mayoría por profesionales, no me satisface del todo: es difícil conseguir elementos mejores en Mendoza, lo sé; pero no es imposible. Existe además una tendencia disciplinaria — de iniciativa individual — que si me parece mala para niños, la concepto ridícula y molesta para adultos: escúche me usted, señor director de la Escuela Quintana!

Por el contrario, el cuerpo de maestras de obreras, si bien no tiene universitarias, es más homogéneo y está más compenetrado del verdadero alcance de su acción: su escuela es la que primero se ha orientado; fuimos a visitarla el segundo día con el inspector Mathus, y la encontramos en plena marcha. He visto allí, al lado de las trabajadoras, señoritas burguesas y maestras normales que iban a perfeccionarse en tal o cual labor.

**INDUSTRIAL DE NIÑAS.** — Quiero tan solo dejar constancia de la existencia de esta institución, en la que se practican todas las ramas del trabajo femenino, desde la cocina hasta la sastrería y la modistería. La asistencia es muy numerosa. Pese a la instalación inapropiada, funciona ordenadamente gracias a una sabia repartición de turnos y secciones. La dirección es excelente.

**NORMAL AGROPECUARIA E INDUSTRIAL «ALBERDI».** — Han de formarse en ella las maestras y maestros rurales habilitados para las aplicaciones regionales. A tal fin, junto con las materias indispensables para su preparación pedagógica general, los alumnos estudiarán: química agrícola, agricultura especial, horticultura y arboricultura, medicina veterinaria, industrias rurales.

Los programas son muy completos, al par que simples; y prescriben prácticas fundamentales de auto-didáctica.

La enseñanza es netamente práctica. La escuela dispone de 50 hectáreas de terreno para cultivos y posee: dos grandes talleres, uno de carpintería y otro de metalurgia y mecánica; imprenta; sastrería; lencería; sección modelado; tambo; porqueriza; y criaderos modelos de aves y de abejas.

Los cursos duran tres años. La reglamentación administrativa tiende a que la escuela se costee con su producción. Mi cálculo personal me hace prever que, si se procede con acierto, las entradas superarán a las salidas actuales. En tal caso, opino que será oportuno darle autonomía económica, en el sentido de que el exceso sea destinado únicamente a su engrandecimiento y renovación: obras de tal importancia no están nunca terminadas.

El establecimiento tiene un internado que admite 40 pensionistas, 20 varones y 20 mujeres. Desapruebo vehementemente su organización disciplinaria, que me ha extrañado por lo severa y ajeña: en esta materia se practican hoy métodos de libertad, de independencia individual; y su éxito es irrefutable. Tenemos en el país un ejemplo, con el Colegio Nacional de La Plata. Se me opondrá el carácter mixto de la escuela; y contestaré que él no hace sino corroborarme en lo manifestado, pues justamente constituye, en vez de un peligro, un freno natural a muchos abusos; freno útil, y de fácil manejo con un régimen de disciplina basado en la franqueza, en la buena armonía.

Y a propósito. Los alumnos son separados de las alumnas en el comedor; ¿por qué violar el sistema mixto? ¿Que él se refiere sólo a las clases? No; y en cambio, donde mejores resultados da, — aun con relación a la enseñanza, — es en el recreo, en el trato amistoso, en el estudio fuera del aula. El criterio científico es el de iniciar en la clase ese contacto para que trascienda al exterior.

En el presupuesto escolar figuran 40 becas distribuidas entre los dos sexos.

El edificio — que se está construyendo a brillas de la ciudad en un paraje hermosísimo por su panorama montañoso — reúne en todos sus cuerpos las condiciones estrictamente necesarias a la higiene y la pedagogía; por lo demás está hecho económicamente, y siguiendo los declives del terreno, para ahorrar nivelaciones costosas.

**PATRICIAS MENDOCINAS.** — Única, no solamente en la Argentina sino en Sud-América, es esta escuela cuyos resortes instructivos y educativos convergen todos en la doble mira de difundir la cultura superior de la mujer y de formar madres.

La idea generatriz, bella, previsor, ampliamente explicada por la Dirección General, puede sintetizarse así: «la mujer es un factor social de preponderante influencia, en su doble carácter de compañera y de madre del hombre; en el primer caso debe reunir las condiciones de educación, de fortaleza moral, de inteligencia y cultura que valgan a hacer de ella un apoyo y un reconfortante refugio; en el segundo caso, al criar sus hijos, ella define en su psiquis rasgos indelebles que han de perdurar al través de toda la vida; por lo tanto importa iniciarla en el arte de ser madre».

Evidentemente, el acceso a esta escuela está reservado a las niñas de posición social desahogada, sin que en realidad haya ninguna limitación al respecto: mas para las mujeres del pueblo, es un lujo excesivo,

marcas europeas — y al empleo de los mejores métodos e implementos en la elaboración de los mostos, únese el raro caso de ser puramente criollo el capital en ella invertido, para hacer de esa rama de nuestra producción una de las que más sólidamente cimentan la prosperidad de la República. (He dicho, capital criollo; y lo es, porque si bien la casi totalidad de sus tenedores son extranjeros, ellos están radicados entre nosotros, y es aquí donde han labrado su fortuna).

Por esto resulta de supremo interés nacional analizar y tratar de resolver los problemas que el desenvolvimiento de la vitivinicultura plantea. Tal es el criterio que me inspira al emprender el estudio de la crisis porque hoy atraviesa ésta, en la región de su máximo florecimiento.

Lo primero que hiera la atención al observar el ambiente industrial mendocino, es la desorientación absoluta en que se debaten bodegueros y viñateros; y en la que se amalgaman la desilusión del esfuerzo malogrado; los optimismos de los que piensan hallarse frente a un fenómeno pasajero — reflejo de la situación general del país, cuando no de la mundial, — las aritméticas del vampirismo acostumbrado a pescar siempre en río revuelto, y la común debilidad que hace volver toda esa multitud productora hacia los poderes públicos y los establecimientos de crédito, en demanda de auxilio.

Surge de ese desconcierto la impresión penosa de hallarse frente a hombres cuya capacidad individual y colectiva está muy por debajo de la magnitud de la industria que manejan. Y así es, en efecto, salvo contadísimas excepciones.

Las viñas, rebosan de uva que se arruga y se seca; las bodegas rebalsan de vino; los brazos sobran para el trabajo; y la uva, el vino, la tierra y la mano de obra se desvalorizan.

La depreciación se proyecta sobre todos los valores de la vida; sobre todos, menos uno; la comisión del intermediario comercial.

Esta hecho, que se me antoja la medida barométrica de la cuestión, no ha sido estimado en su trascendental significado.

Mientras las energías productoras experimentan una depresión general, el parásito que trafica con los frutos del esfuerzo ajeno es el único que no sufre, más, es el que va ganando en la partida, porque lejos de disminuir sus beneficios, los acrecienta. ¿No evidencia esto claramente que él domina la situación? ¿Que él acecha y precipita el empobrecimiento de la industria? ¿Que es uno de los factores de la catástrofe y que será inútil acudir a recursos de su misma naturaleza, porque no harán sino empeorarla y explotarla?

Los vitivinicultores de Mendoza han encarado el asunto desde el punto de vista falso y en masa se han dirigido al gobierno — otro intermediario entre el bolsillo del pueblo y el de su estéril burocracia — pidiéndole, «suplicándole» que gravara con un impuesto el comercio del vino y con ese dinero comprase uva en cepa y mosto, para... para tirarlos, «botarlos», como dicen allá!

¡Botar, lo que tanto trabajo acumulado costara, desde el cuidado de las viñas hasta su poda, el acarreo del fruto y la elaboración de los caldos!

¡Botar! Sí, a botar a esa turba enloquecida debieron levantarse los obreros que veían destruir el producto de su trabajo, para luego tener que pagarlo más caro, ellos, sus dueños más legítimos!

¿Y todo eso por qué? Porque era necesario mantener los precios y había «superproducción»! Maldita palabra alucinadora y falsa: superproducción, en un país donde la venta de la uva y del vino, — con solo beberlos al alcance del consumidor, desparado por el inmenso territorio, — tienen tan ancho campo que ganarles a las frutas importadas y a los mil baratijos de fabricación extranjera o falsificada!

¿Y todo eso fundado en qué? En que Italia y

Francia eliminaron uva en momentos análogos. Como si el error cometido por otros justificase el propio; y sin pensar que las condiciones de aquellos países eran muy distintas de las nuestras (1).

El gobierno, naturalmente, accedió a la «suplica». Nunca un gobierno desperdicia la ocasión de pasar por salvador y menos cuando, como en este caso, iba conquistándose las simpatías y el concurso político de dos gremios que le eran adversos y además aumentando las entradas de su tesoro con un tercio del impuesto a crearse.

Unos un momento el año pasado para tan grotesca rogativa, bodegueros y viñateros volvieron en seguida a dividirse, — pues viven en lucha constante por razones que luego veremos — aquellos a aprovechar la botada que casi excusivamente les favorecía; y estos a cuidar otra vez de sus cepas dándose por muy bien servidos con haber cobrado algo de una cosecha que creyeron perdida en más gran escala.

Unos y otros creían haber ganado una gran batalla, aún cuando las armas usadas hubieran sido de lo menos combativo que puede haber: el lamento y la imploración!

Este año, el problema ha vuelto a plantearse nuevamente, pues la producción de uva ha crecido aún. Los viñateros pensaron entonces, contada con la base de la botadura, en solicitar del Banco de la Nación el reparto en préstamos de cinco milones de pesos para tener con que levantar la cosecha.

Y se ha producido en la emergencia un proceso bochornoso al que yo he asistido de cerca.

El Banco, no pudiendo sustraerse a las influencias interpuestas, envió representantes a verificar las condiciones de seguridad que ofrecía la industria.

Llegar los emisarios a Mendoza y ser rodeados, agasajados, acaparados en fin, por los bodegueros, todo fué uno.

¿Cómo explicar esta verdadera zancadilla comercial?

Es que individualmente los bodegueros son por lo común más ricos que los dueños de viñas, — aunque sumando por separado los capitales gremiales, el de los últimos supere con mucho al de los primeros; y por consiguiente hallábanse más cerca de los banqueros, amantes de los halagos de la buena vida.

Así es como se arreglaron con los elaboradores del vino, para concederles el préstamo solicitado por los viñateros destinándolo ahora a diversas especulaciones comerciales que se proyectaban.

El resultado inicial de la gestión fué pues la defraudación de sus propios promotores. Más no paró allí la cosa. El Banco exigió, como condición *sine qua non* para dar el dinero, que los bodegueros, — fraccionados también entre sí, por una competencia descabellada y terrible — se pusieran de acuerdo en uniformar el precio del vino, las fórmulas de venta y la cotización de la uva.

Fué entonces que, después de muchas andanzas turbulentas, aquellos se reunieron y firmaron un célebre convenio publicado en los diarios metropolitanos.

Ese documento es toda una pieza acusadora: él nos revela el negocio hurdído ante la perspectiva de apoderarse de los referidos millones, y nos da la pauta de la deshonestidad reinante en las transacciones de los bodegueros mayores con los cultivadores de la tierra y los fabricantes chicos.

El crédito en gestión era «para un grupo de grandes industriales que formaban una cooperativa de venta, a fin de adquirir los productos de los pequeños y enviarlos al mercado con una sola marca, ofreciendo al efecto un establecimiento donde podían efectuarse los cortes necesarios, y cuidar su conservación. Estos vinos se expenderían a un precio que no afectase al estipulado en el convenio».

En términos más francos, se trató de reunir en manos de unos cuantos la producción total de la provincia, con una doble mira: 1.º evitar que fraccio-

(1) Leopoldo Suarez ha tratado con bastante acierto este punto en su interesante folleto «La crisis vitivinícola y su posible solución»; trabajo con cuyas conclusiones finales no estoy sin embargo de acuerdo, como lo demostraré más adelante.



nada entre los productores menores — quienes, careciendo de resistencia financiera, necesitaban vender pronto — les hiciera la competencia en las plazas importadoras, ofreciéndose a más barato precio del que ellos pensaban realizar; 2º. lucrar con la diferencia entre este precio y el que abonarían por la compra en masa.

Tal es, lisa y llanamente, la fórmula de un monopolio: ya eso nada menos debían dedicarse los fondos del Banco oficial!

Pero aún es poco. Las cláusulas uniformadoras de las cotizaciones, descubren otro brillante aspecto. Al fijar las fórmulas a que debía sujetarse la venta de la elaboración propia de los firmantes — a saber, los de la «cooperativa» — se establecían penalidades pecuniarias para los infractores.

A parte su ilegalidad que los códigos condenan, la medida demuestra rotundamente el grado de confianza que se merecían entre sí mismos los socios del proyectado trust.

Signe después el precio de la uva, fijado en pesos 1.40 (1) el quintal mendocino — 46 kilos, — pudiendo la de ciertos departamentos comprarse a 30 centavos menos (11).

Y, no obstante, a pesar de lo infimo del tal precio, la mayoría de los bodegueros pagaron mucho menos (hasta 50 centavos.!!!) so pretexto de que eran adquisiciones al bulto.

Esas violaciones motivaron una asamblea del gremio, pintoresca por lo desordenada; y dolorosa porque en ella se veía primar la avaricia, el afán de explotar en toda forma la pobreza del viñatero.

El convenio quedaba roto de hecho. Más, aunque así no hubiera sido, habría caducado por falta de la ayuda del Banco, que concluyó por no darles nada; burlándolos a ellos que antes fueron burladores.

Queda, desde luego, sentado que el causante originario de la crisis es el «hombre», quien falla porque no está preparado para dirigir una explotación tan cuantiosa, la que requiere cierta amplitud de horizontes mentales: saber discernir en los desequilibrios económicos, y afrontarlos de lleno, radicalmente, sin zozobras ni mequindades de ropavejeros.

No es, empero el «factor hombre» aludido, una creación mendocina. Las influencias del medio se traslucen en él a cada paso, es cierto; pero, fuera de ellas y más que ellas poderosa, hay una característica común a toda industria desarrollada de súbito, enriqueciendo hasta sus mismos peones. Eso es lo que ha ocurrido en Mendoza: y personas que habían soñado con un buen capitalito juntado ahorrando y regateando centavos, se han encontrado de improviso con una fortuna en su poder; y por lo mismo que estaban acostumbrados a contar su dinero en tan mínima moneda, no han resultado aptos para el manejo de fuertes candales.

Es decir: la industria ha dado unos pasos decisivos de avance, con los que ha llegado a gran desarrollo; pero sus dueños no han evolucionado mentalmente a la par que ella: mucho es que se les haya ocurrido contratar técnicos que les instalaran debidamente las bodegas.

Al examinar las causas de la crisis que perdura desde hace dos años, veremos como todas derivan de ese desnivel.

No es, mientras tanto, una paradoja ese vocablo «superproducción» con que parecen ufanarse estos señores? En todas partes, se habla de superproducción con respecto al exceso que sobra aún de un artículo, después de agotados los recursos ordinarios y extraordinarios de difusión. Y para el vino, el único radio de venta explotado — y deficientemente explotado — es el que forman Buenos Aires, la Pampa, Córdoba y el sur de Tucumán. Si se les averigua a los bodegueros donde es que mandan sus productos, contestan, uno por uno, lo mismo: todos giran dentro de esa sola zona de expansión. El territorio de

las otras provincias es virgen para la exportación vitícola nacional: no se han trabajado sus mercados, no se han allanado los obstáculos que se traducen en excesivo recargo de costo, no se ha hecho nada.

En vez de dedicarse a abrir esas plazas se discute la superproducción y, en la misma zona actual, la venta es muy floja, bastante inferior a la capacidad consumidora que se ha calculado para su población.

A estas alturas, puedo ya anotar la primera causa de la crisis: la mala dirección comercial de la industria.

Pero es que ese factor no obra tan solo como exponente de la escasez de consumo; sino también de un secreto conflicto que amenaza provocar el crédito de la vitivinicultura y que, mientras tanto, la perjudica financieramente: ¡El vino de Mendoza se hace la competencia a sí mismo, invadiendo — por mano de los importadores que lo acaparan en buena parte — la capital y el interior, disfrazado con etiqueta italiana o francesa y con un ingenioso arreglo químico!

Para darse cuenta de lo que valdría una gestión administrativa bien orientada, basta pensar en la enorme cantidad de vino *soi-disant* extranjero que podría reemplazarse con el de Mendoza, el día que en vez de pasar por las manos de los importadores falsificadores llegara directa y lealmente al alcance del consumidor.

Y aquí surge otro punto de la cuestión, la segunda causa de la crisis: la falta de tipos regionales de vino, que puedan competir abiertamente con los extranjeros. Porque sino, ante un vino que aún cuando no está falsificado resulta siempre una imitación, pues es de tipo «francés» o «italiano», es natural que el público prefiera el original, o el que cree original.

Abogamos pues por los tipos regionales, propios, así en vino común de mesa, como en vino fino de mesa y de postre.

¿Qué son los tipos regionales? Los que conservan las tonalidades especiales de gusto que da la uva según la tierra en que ha sido plantada. Estas tonalidades varían no solamente de una provincia a otra, sino también — aquí como en Europa — de una zona a otra zona dentro de la misma provincia. Así, tanto en el caso de la cepa criolla como en el de la extranjera de cualquier clase, el fruto siempre adquirirá en nuestros campos propiedades de sabor diferentes de las que tenía en el país de origen, y diversas aún aquí, según los terrenos. Se trata por ende de hacer caldos cuya densidad y cuyo gusto se caractericen por esas peculiaridades locales de la materia prima.

La vitivinicultura de Mendoza está en condiciones de verificar esas creaciones pues su elaboración es noble y refinada. Por eso las aconsejo.

El día que, en vez de tener «Medoc», «Pinot», «Barbera» o «Champagne» mendocino se tengan marcas argentinas, recién podrá competir con el vino importado o que pasa por tal: entonces el consumidor no tendrá que elegir entre un artículo legítimo o aparentemente original y otro de imitación; sino entre dos originales, el nacional y el extranjero; en cuyo caso podrá apreciar una clase absolutamente nueva, gustar de ella y por último pagarla más barata; gracias a estos dos elementos de atracción, se convertirá, por conveniencia y hasta por espíritu de solidaridad, en cliente fiel de la producción del país.

Ni es este solo el beneficio que la creación de las marcas — correspondientes a los tipos locales — traerá: hay otros dos de no menor importancia.

Primeramente, acreditar una marca es valorizarla en sí misma, y dar al propio tiempo estabilidad mínima a la cotización del producto que ella representa: multiplicando este hecho individual por la suma de las fracciones que resulten, surge una serie de nuevos valores, y la producción adquiere estabilidad mínima de precios.

Luego, la marca es un medio de defensa contra las dos formas más nocivas del intermediario: el

comisionista corredor y el acaparador que manipula por su cuenta el vino, según el empleo a que lo destina.

El intermediario, bajo este doble aspecto constituye el tercer factor, cuyo perjuicio es demasiado evidente para explicarlo.

Y, aún prolongase más lejos la influencia que tendría la formación de tipos regionales; alcanza, aunque sin abarcarla toda, la cuarta causa de la crisis: la tendencia monopolizadora de los bodegueros.

Esta tendencia, que es constante, manifiéstase en efecto aprovechando la anonimidad general de la producción menor. Sus sostenedores son los que, en razón de su mayor potencialidad económica, han podido trabajar directamente las plazas principales — Buenos Aires y Rosario — acreditando en ella una firma o una marca que, — aún cuando no indique un *Yasgo* especial de la industria — es siempre un distintivo del artículo.

La explotación de semejante ventaja de los grandes frente a los pequeños, se ejercita de una doble manera: ya con operaciones parcialmente trustificadas; ya con la competencia ruinosa de los precios y los plazos concedidos a los compradores.

Aun cuando lo fundamental que se necesita, para solucionar este punto de la cuestión es la unión económica de los pequeños productores, he vinculado a él la fijación de tipos, porque creo que la acción protectora de las respectivas marcas sería un coeficiente muy considerable para el buen éxito de esa unión, cuya finalidad no debería ser tan sólo colocar a los bodegueros chicos en condiciones de luchar en la fabricación con los mayores, sino también abrirles vías de expansión directa.

Queda ahora una quinta causa: el exceso de las cosechas vitícolas frente a la capacidad de los envases de elaboración.

Esto es, en opinión de los más, el eje del problema. Yo no creo tanto, y pienso que, si bien tiene una abrumadora influencia material en el momento, es un punto subsanable como todos; y con esta ventaja sobre los demás: que es susceptible de neutralizaciones momentáneas, como la destilación de alcohol, — que no es preferida a la cortadura por estar gravada con enormes impuestos y trabas — la fabricación de conservas, etc.

Reconozco que, sin duda, por él el viñatero está a merced del bodeguero, quien paga la uva al precio y en las condiciones que se le antojan. (Este año ha habido industriales que han comprado a 80 centavos el quintal, con pagarés a 6, 12 y 18 meses, que ningún banco aceptaba y que el mismo firmante descontaba con un descuento del 30, el 40 y hasta el 50 por ciento!!!)

Más, por otro lado, la superabundancia — que si hoy aplasta es por falta de serenidad y clarividencia en todos — abre ante el viñatero la posibilidad de ampliar su esfera de acción, sirviéndole de capital. Pues no debe olvidarse que la uva, por abatido que esté su precio, constituye siempre un valor real, cuya destrucción se evita con sólo convertirla en mosto.

Es el caso entonces de ver como puede resolverse este punto, para el cual muchos han visto el remedio pero no el modo de aplicarlo, por falta de apoyo financiero. Se ha pensado en reunir a los vitivinicultores en general, y ello ni ha sido posible, ni lo será: más, si lo fuese, no cambiarían en el fondo las cosas, pues, aunque se agruparan — en el mejor de los casos desde el punto de vista del interés capitalista — en forma de monopolio, los accionistas más fuertes, que serían los bodegueros más fuertes de hoy, dominarían en su seno, y concluirían por aniquilar o absorber a los más débiles. Esa fusión es un absurdo: ambos elementos representan intereses en pugna, irreconciliables.

Se ha hablado también de asociar solo a los viñateros, y ahí es cuando se ha tropezado con el obstáculo: son demasiado pobres para hacer bodegas por su cuenta.

¿Cómo resolver estos varios conflictos?

Sintetizando las observaciones que preceden, sacaremos en limpio una distinción preciosa. De las cinco causas de la crisis, solo tres afectan a todos los productores: la escasez del consumo; la falta de tipos regionales de vino; el intermediario. Pero los otros dos, vale decir, la tendencia monopolizadora y la desproporción entre las cosechas y los envases, solo hieren a los pequeños elaboradores y a los viñateros, favoreciendo por lo contrario a los bodegueros ricos.

Esta división de factores marca de por sí la división de los intereses en juego. Quiere decir pues que la unión debe hacerse entre viñateros y bodegueros chicos.

Esta entidad social se hallaría en condiciones excelentes para hacer frente al exceso de las cosechas, pues utilizando los planteles de bodega existentes, podría aumentar su capacidad con un costo mínimo, que, entre todos, se cubriría con una insignificante contribución individual, reembolsable a corto plazo.

El programa de acción sería pues, más o menos siguiente, teniendo en cuenta todos los factores de la crisis y buscando la forma de neutralizarlos:

1º. Imponer el precio de la uva y su pago al contado. (Esto no sería un monopolio, porque los grandes bodegueros tienen también sus viñas y solo compran lo que les falta para colmar la capacidad de sus toneles).

2º. Elaborar, conservando la diversidad de tipos y marcas que se establezcan, toda la uva de sus asociados que no se venda.

3º. Instalar oficinas de propaganda y depósitos en los puntos más estratégicos del país, para ampliar en todas las direcciones el radio de venta, sin tener que acudir al comisionista intermediario.

Esta forma federativa — que respetaría la autonomía de la producción de cada socio, así en la fabricación como en su comercio, — daría gran impulso a la industria, substituyendo los capciosos manejos de hoy, por la competencia general de la mejor elaboración, único estímulo legítimo y eficaz.

## El gravamen a la tierra

Una sencilla historia — recogida de labios de su protagonista — puede servir de corolario al precedente estudio, tocando otro lado de la cuestión — el impuesto al vino que obstaculiza su abaratamiento — e ilustrando al propio tiempo un problema nacional, por lo que afecta a todas las ramas de nuestra producción.

Un italiano, que en doce años de penosa brega en Buenos Aires había logrado reunir un modesto capital, resolvió en 1902 trasladarse a Mendoza, para dedicarse con sus cuatro hijos al cultivo de la vid, que fuera su ocupación en la tierra natal.

Fijó por allá sus miras en un campo de 500 hectáreas bajo riego, cuyo valor aproximativo era de 30.000 pesos. Pero el dueño, un viejo criollo, no quería venderlo, alegando que ese era su único recurso: el se contentaba con una renta de 800 pesos que le daban tres hectáreas de viña, y con saberse poseedor de la demás extensión inculca; al fin y al cabo era poco lo que le costaba aquella satisfacción: la valuación oficial — igual para él como para el latifundista colindante — había tazado apenas en 30 \$ cada hectárea, así que sobre el monto total de 15.000 pesos sólo pagaba 90 de impuesto, a razón del 6 por mil. El italiano insistió, y al fin, ofreciendo el fabuloso precio de 50.000 pesos por la mitad del terreno, logró convencer al propietario, demostrándole que esa cantidad, depositada en un banco, le rendiría 2.500 \$ al año.

Enterado de la venta, el fisco tomó su importe como base de avalúo y aumentó de acuerdo con ello el impuesto, por lo cual ambas mitades quedaron gravadas en 300 pesos cada una.

El «gringo» subdividió su tierra en cinco lotes de 50 hectáreas, asignándole una a cada hijo, y reservándose el otro para él. Trabajaron todos con ahínco, y en 1908 habían construido sus casas y convertido el erial en fértiles viñedos.



Un valnador, al ver las mejoras realizadas, subió a 4.000 \$ por hectárea — 1.000.000 en total — la tasación, y, proporcionalmente, la contribución territorial a 6.000. No valieron protestas: el procedimiento era según leyes.

En 1910, como la propiedad produjera 350 quintales de uva, decidieron hacer vino, y obtuvieron 3.500.000 litros. Un nuevo impuesto gravó la laboriosidad de esos hombres: 1 centavo por litro, a saber 35.000 pesos, que sumados a los 6.000 del terreno daban un total de 41.000. Mientras las 250 hectáreas del criollo seguían pagando 3000. En tal forma, el trabajo de los italianos quedaba multado en 40.700 pesos.

En 1914, el impuesto sobre el vino aumentó a 2 centavos y medio, y en enero del corriente año a 3 centavos. Así, por último, la «multa» alcanzó la fabulosa suma de 110.700 \$.

La injusticia de este régimen impositivo salta a la vista: por él se premia la holgazanería y se castiga el trabajo; más, se lo traba, se lo limita por doquiera en su fecundidad.

Los resultados de tamaña injusticia, de tan inconsculta subversión de valores, son funestos y tienen el efecto de retardar el crecimiento industrial del país.

## II - Vida obrera

### Ojeada general

La desocupación es muy grande también en Mendoza, debido a la paralización de muchas obras.

Aún las labores vitivinícolas, que absorben la casi totalidad de los brazos, han arrojado, este año, un crecido sobrante.

En la vendimia empleáanse no solamente hombres, sino mujeres y niños: se les remunera a 4 centavos por canasto o «caneca» — unos 50 kilos de uva, — y los más hábiles apenas ganan, de sol a sol, un par de pesos. Además esta tarea es temporaria: dura un mes o mes y medio.

El trabajo interno de las bodegas es penoso y embrutecedor como pocos, y en él se ocupa la peonada criolla.

Aparte el esfuerzo muscular — fatigoso en ciertas funciones, por ejemplo la de revolver los mostos en los toneles —, los obreros sufren la opresión del ácido carbónico que despierte la fermentación. La atmósfera está saturada de ese gas asfixiante, cuya respiración continúa ataca a los órganos respiratorios e intoxica todo el organismo; agréganse a él, con efectos no menos nocivos, los vapores de alcohol, cuya emanación es muy densa: de ahí, la estrechez y el encorvamiento del tórax, de ahí las facciones abogatas, los ojos sanguíneos y apagados. Por la simple acción del medio, esa gente vive alcoholizada; como si esto no bastara, y más, como si esto constituyera una predisposición fatal, bebe, bebe en cantidades fabulosas: la beodez diríase su estado normal.

Su salario ha sido rebajado de \$ 2.80 a \$ 2.20, 2 y hasta 1.80 en la campaña. La jornada, descontadas las interrupciones para el desayuno y el almuerzo, es de once horas; en la época de la vinificación, aumentase a menudo con tres horas de noche, a las que corresponde medio jornal.

Los carreros ganan de \$ 2.50 a 2.60.

Agobiado y sumiso, todo este elemento es refractario a la organización, habiendo sido vanos los esfuerzos hechos para atraerlo a ella: es el rebaño electoral, manejado discrecionalmente por los caudillos.

Los toneleros forman el gremio más numeroso — 8.000 hombres en la provincia: — trabajan a destajo, y a razón de 50 centavos por tonel. Entre éstos, los conatos de asociación tuvieron, por un momento, mejor éxito: se consiguió agruparlos y mantenerlos unidos durante seis meses, al cabo de los cuales disgregáronse de nuevo; las ulteriores tentativas resulta-

¡Qué diferente la situación bajo el sistema del impuesto único al mayor valor! Entonces la tierra pagaría en relación a su precio de conjunto, prescindiendo de las mejoras y quedando libre de gravámenes el fruto del esfuerzo individual.

Volviendo a la historia que nos ocupa, si fuera necesario para sufragar los gastos provinciales el 2 % del valor de la tierra, el italiano y sus hijos pagarían 1.000 \$, ahorrando 109.700, y el viejo criollo, también pagaría 1.000, en vez de 300, penándose así su peoidad con 700 pesos de recargo.

Alguien dirá que estos 700 \$ mal pueden compensarle al fisco los 109.700 del italiano.

Es cierto. Pero en Mendoza — y el caso idéntico se presenta en todas las provincias — hay leguas y leguas capaces de producir y que hoy permanecen estériles a pesar de tener todas un dueño. Ahora bien, el equilibrio de esa merma, y de las demás que por la misma causa se registrarán, lo constituiría el gravamen aplicado sobre esas tierras abandonadas en razón directa de su mayor o menor extensión. Sin contar que la complicada y costosa administración que el régimen actual requiere, se simplificaría en tal forma que demandaría gastos comparativamente mínimos. (1)

ron infructuosas por la discordia y la politiquería de los cabecillas.

En cuanto a los obreros de otros oficios, su situación, que siempre fué mala, háse agravado hoy con la rebaja de los salarios, que fluctúan entre los siguientes términos: oficiales de taller de 2 a 3 \$; albañiles de 1.80 y 2 a 3 \$, y en rarísimos casos 4; peones de construcción y obras hidráulicas de 1 \$ a 1.80.

Los peones aplicados al arreglo de los canales de irrigación hacen, por un peso, un trabajo aniquilador y peligrosísimo. Yo he visto una cuadrilla de doce hombres componiendo el dique de una toma, arrasado por el río. Completamente desnudos, y metidos en el agua hasta el pecho, amontonaban contra la empalizada fardos de ramas que antes cortaban en el monte vecino. La corriente los empujaba, les arrancaba de entre las manos los atados, obligándolos a perseguirlos. Y tenían que doblarse, sumergidos del todo, para hundirlos y sugetarlos entre los postes, luchando por vencer el impulso flotador de la madera.

La jornada de ocho horas es un mito para la gran mayoría, que trabajan de 9 a 10 horas y media; sólo gozan de ella los pintores, mecánicos, talabarteros y los oficiales de los talleres del ferrocarril.

No existen núcleos gremiales ya. Varios años ha, se fundó la sección local de la F. O. R. A., con pocos gremios; pero después de sostener varias brillantes batallas y hasta una huelga general de tres días, se disolvió, por desavenencias intestinas, muriendo con ella su órgano de publicidad «Pensamiento Nuevo». Volvió sin embargo a constituirse hace dos años, merced a la activa propaganda de unos pocos entusiastas, que editaron un periódico, «Tribuna del Pueblo», para reforzar y extender su acción personal. Sin embargo, tampoco esta vez la federación pudo subsistir largo tiempo, pues la miseria de sus socios —hija de la desocupación— la privaba de los medios indispensables a su sostenimiento.

### El Centro Obrero de Estudios Sociales

Es el único superviviente de la última acción gremial, en apoyo de la cual fundóse el 1.º de mayo de 1914. Este centro es el que sostiene el Ateneo Popular.

(1) No cabe en este número un más hondo análisis de tan importante asunto. Pero a él dedicaré artículos sueltos hasta examinarlo en toda su trascendencia.

Su acción ha abarcado y abarca además la propaganda contra el voto y el socialismo político.

En ambos sentidos ha obtenido buenos resultados. En las más recientes elecciones el fenómeno de los votos en blanco ha alcanzado proporciones llamativas. La decadencia actual del partido socialista — a la

## Conclusión

He omitido algunos temas que la tiranía del espacio me impedía desarrollar con la necesaria amplitud.

La fruticultura, la arboricultura, la irrigación, la cuestión monetaria y el problema ferrocarrilero, son los asuntos de referencia.

Pero ellos no están localizados exclusivamente en Mendoza: se repiten, al contrario, en varias provincias. Por eso, al elegir el material, los he hecho a un lado, prefiriendo lo que más urgente y más peculiar del medio me parecía. Ellos podrán tener cabida en

que concurren ahora múltiples causas — se inició por efecto de su acción.

Merece un aplauso la constancia de sus socios, que tratan de mantener despierta la conciencia de la masa obrera, para reconstituir su organización en cuanto las condiciones económicas lo permitan.

## El poema macabro

I  
Bajo las aguas tersas,  
En el fondo del lago  
Del bosque de Palermo,  
Estaba el cuerpo helado  
Del rufián miserable  
A quien tronchó la mano  
De otro rufián, tan bruto y codicioso  
Que pensó al dividir en cien pedazos  
Al socio corpulento  
Y bien alimentado,  
Hacer el caldo gordo de su vida  
Para vivir en paz todos sus años.

II  
¡Oh, querida ilusión, sueño vivido!  
¡Ensueño realizado!  
¡Ah, todo era verdad, lo que el ardiente  
Cerebro condeñó cuando sus manos  
Locas se hundieron desgarrando entrañas  
En el cuerpo del pobre victimado,  
La idea soberana  
Que en esas horas deslumbró su cráneo.  
—En esas horas que vivió cien vidas,  
En esas horas que vivió mil años—  
Se materializaba para siempre  
Ahuyentando en el tiempo el desengaño!

III  
¡Atrás sombras del crimen!  
¡Fuera fantasmas pálidos!  
Sus labios exclamaban  
Al compás de sus pasos,  
Mientras sobre el espejo de las aguas  
De los serenos lagos,  
Iba distribuyendo  
Del rufián miserable los pedazos.

IV  
Es la escena macabra cual ninguna,  
Acompañada por el viento helado  
De esa noche de Junio, va primero,  
Como una bóveda fúnebre rodando  
Y a ras mismo del agua estremecida,  
La cabeza del socio asesinado  
A caer con un golpe sordo y triste  
En el fondo del lago.  
Después el tronco, desde el cuello fuerte  
Dividido ¡oh, furor! de un solo tajo,  
Hasta el obeso vientre donde entrara  
La cuchilla hasta el mango.  
Es éste de entre todos  
El más enorme fardo

algun otro de estos mis estudios sobre el interior, y entonces haré la debida referencia a Mendoza.

Mientras, creo haber dado las notas salientes de esa vida regional y haber rendido — tal era mi misión — una impresión de conjunto meditada a conciencia en sus grandes líneas.

Quizás haya así contribuido, con mi juicio equánime y sincero, al mayor acierto de la rectificación de valores, exigida en este momento por Mendoza, como por todos los pueblos a cada etapa de su crecimiento.

Baúl Marfisi.

V  
Y aunque él dispone ¡oh, Hércules!  
De dos fornidos brazos,  
No puede hacer que el tronco  
Llegue sino a diez pasos  
De la orilla en que está, mudo y sombrío,  
Los fúnebres despojos aventando.  
Ahora es más liviana la tarea:  
Sólo faltan las piernas y los brazos.  
Un instante, no más, e irán cayendo  
Del agua en el estajo,  
Del rufián miserable últimos restos,  
Hundidos para siempre en el pantano.

VI  
¡Atrás sombras del crimen!  
¡Fuera fantasmas pálidos!  
Grita de nuevo el hombre  
Al reanudar sus pasos.  
Y marcha erguido, firme, victorioso,  
Hasta el auto que espera rezongando.

VII  
Después, mientras el auto se desliza  
Sobre la superficie del asfalto,  
Surge de entre las sombras,  
Sobre la superficie de los lagos,  
El tronco miserable  
Del rufián mutilado.  
A manera de internos flotadores  
Los gigantes pulmones dilatados  
Lo han convertido en una boya fúnebre  
De contornos siniestros y fantásticos.

VIII  
Pasan lentas las horas de la noche.  
El se refugia en la ciudad soñando  
Con la paz de la vida y la ventura  
Que a costa de la sangre del hermano  
Alcanzará a lograr sobre la tierra  
Donde triunfa el más fuerte y el más bárbaro.  
Con él despierta la ciudad; glorioso  
El sol apunta en el confín lejano  
Y sobre el ancho río de la Plata  
Extiende a la ciudad todos sus rayos.

IX  
En tanto en el paseo de las fieras  
Y los alegres pájaros,  
Un niño vaga errante  
Por la orilla del lago.  
De pronto se detiene  
Ante un hulto fantástico:



Es el binehado tronco  
Del rufián mutilado,  
Es la fúnebre boyá  
Que ha quedado flotando,  
Terrible acusación del negro crimen,  
Irrecusable prueba del pecado.

VII

En las horas de fiebre de la tarde  
Cuando está la ciudad en sobresalto  
Y un crisol se dijera  
Donde se va la vida elaborando.  
Cuando todo se agita  
La luz, el aire, el hombre y el gusano,  
Sale a la calle y oye  
El grito de un muchacho,  
El estentóreo grito  
Que va la infausta nueva pregonando:  
«Con el horrible crimen de Palermo,  
«Crítica», «La Razón», «Ultima» y «Diario»,  
Los detalles completos, el cadáver  
Está descuartizado.  
El cuerpo de la víctima  
Se ha encontrado flotando sobre el lago».

VIII

Adquiere presto los papeles públicos  
Para encontrar en ellos, azorado,  
La clave del enigma,  
El porqué del hallazgo.

IX

¡Oh, dioses, la ignorancia le ha perdido!  
¡Si él hubiera alcanzado  
Esta verdad tan simple: los pulmones  
Hacen flotar el cuerpo del ahogado,  
Pues tiene menos peso que las aguas  
La ágil materia de que están formados,  
él le hubiera comido los pulmones  
Al rufián mutilado  
Antes de echarlo así sobre las aguas  
Serenas y purísimas del lago!

X

¡Pero ya nada puede su osadía!  
Todo está consumado,  
El crimen descubierto  
Y él para siempre hundido en el espanto  
De la verdad más triste que la muerte,  
Porque aquesta verdad que es el escarnio  
De su ignorancia muestra la impotencia  
De sus fornidos brazos  
Que ahora caen, vencidos,  
De su cuerpo a lo largo  
Como dos esperanzas que se fueran  
Al igual de dos alas replegando.

XI

Vuelve e leer en los papeles públicos  
Adonde está su crimen palpitando  
En medio a los horrores de la guerra  
A que arrojan a Europa sus paisanos  
(Porque él es alemán de nacimiento)  
Y brota en su cerebro como un rayo  
Una idea tan clara como el agua  
Y que a todos los seres pondrá espanto.  
—¿Su crimen? ¿Qué es su crimen? ¿Quién se asombra?  
¿Quién es él comparado  
Con los que hoy descuartizan en Europa,  
Kaiseres, presidentes y lacayos!  
¿Qué importa el pobre cuerpo  
Aterido en el lago  
Ante pueblos enteros que sucumben  
Por reyes sin piedad descuartizados?  
Y el rufián miserable  
En su delirio insano  
Piensa y afirma, terco,  
Por el gran notición desorbitado  
Que él es menos rufián que aquellos reyes  
Que venden a sus pueblos como esclavos  
Y es menos criminal si bien se mira  
Que el Kaiser, su paisano...

Alberto Ghirardo.

Buenos Aires, Junio de 1915.

MUEBLES L DA

THOMPSON

LA MUEBLERIA MAS  
GRANDE DE SUD AMERICA

Tenemos un surtido completo de Muebles, Alfombras, Cortinas, etc. a precios los más bajos.  
Gustosos remitiremos catálogos o muestras de géneros.

FLORIDA 833

Buenos Aires



Científicamente comprobado.

El café, es la bebida por excelencia que tonifica el estómago y favorece notablemente la digestión; pero es preciso tener muy en cuenta que no todos los productos que se expenden con el nombre de café, producen esos benéficos efectos. Solamente envasado, con una marca registrada por una casa de reconocido prestigio, es como puede obtenerse el café puro, siempre de la misma calidad, en perfecto estado de higiene y con todo su valor de aroma.

Si Vd. quiere recrear

su paladar con sabrosas y aromáticas infusiones de café, tendrá que consumir el «Paulista», porque su fragancia y frescura le proporcionarán ese placer, que hasta ahora no habrá podido hallar en otros cafés que se expenden «sueltos», sin garantía de pureza, calidad, ni higiene. Todos nuestros paquetes contienen cupones canjeables por objetos útiles y de valor. Solicite nuestra Lista de Precios.

Pídalo a su almacenero

- PAULISTA, Especial (Etiqueta Roja)..... \$ 2.20 kilo
- PAULISTA, Extra (Etiqueta Verde)..... » 1.90 »
- PAULISTA, Superior (Etiqueta Marrón)..... » 1.60 »
- PAULISTA, Perla (Etiqueta Amarilla)..... » 1.40 »
- PAULISTA, O (Etiqueta Celeste)..... » 3.30 »
- PAULISTA, OO (Etiqueta Dorada)..... » 5.50 »

Fábrica y  
Escritorios:  
Salta, 459-473  
Buenos Aires

CAFÉ

«Paulista»

Garantido puro por el S. Gobierno del Brasil





# Establecimiento Viti-Vinícola SCARAMELLA H<sup>nos</sup>

Bodegas y Viñedos en: Godoy Cruz, Maipú y Junín  
(Mendoza)

Marca Registrada



"TRINACRIA"

Elaboración anual de sus Viñedos:  
40.000 Hectólitros

Casa en Buenos Aires: JUJUY 456



CIGARRILLOS  
**PALERMO**

CUPONES DE VALOR EN  
TODOS LOS PAQUETES

20 y 30 cts.

Administración de IDEAS Y FIGURAS: TACUARÍ 900.—Bs. Aires. Núm. suelto, 20 ctvs.

Imp. y Lit. "Creana" Chile 525